

La danza de las (in) materialidades

por Rocío Cerón

El hielo sopla en mis campos.

Forrest Gander

Correspondencias y evocaciones, de la mirada a la naturaleza a la condensación inmaterial de una palabra: el cedro, el frinche, la bellota que cae, las palabras que designan esos movimientos, la cadencia y musicalidad de aquello que nombran. Cada estación tiene su nombre, cada uno de nosotros también, cada palabra es un universo en potencia y al concatenarse, unirse en sorprendentes giros poéticos, chirrían las fronteras de los mundos.

Lenguaje y naturaleza son un binomio ancestral que ha ido consolidando la corporeidad entre el mundo que habitamos y cómo lo hemos habitado nombrándolo. La potencia de esa ave es su gorjeo y trino pero también es la riqueza de su nombre que desflora los labios: albatros, cernícalo, mirlo, estucurú, mosquero de agua, vireo, tordo, tangara dorada. Es la palabra, que es el ave, que encarna en aliento, en movimientos musculares, bucales, en saliva y toneles de ésta que se suman al aire para darle vida a lo evocado. La naturaleza es por ello la primera potencia, la belleza opalescente y al mismo tiempo cristalina de un espacio donde se encuentra ente y significante.

Desde la materialidad del bosque o una alta ola en el mar embravecido, como un corazón que salta casi cuánticamente por amor, en el poema, en la denominada ecopoesía, el/la poeta vuelve a esa mirilla, vuelve al patio primero, el patio trasero de la memoria y el

brote de una planta que nació de una semilla colocada en la mano de una niña, donde florecen todos los verbos.

La piedra es la piedra que es la piedra, rueda y rueda frente a nuestros ojos hasta invisibilizarse y volver de nuevo frente a nuestros ojos a rodar, así sucesivamente hasta que se suspende frente a nosotros y cae a la palma de la mano. Así, la naturaleza habla y canta infinitos cuando le escuchamos en medio de un volcán en erupción o cuando una mantis religiosa se aparea hasta dejar al macho en un suspiro de polvo que arrasa la vida y vuelve al polvo de la tierra sedienta de más vida, en un movimiento circular que termina en la boca del rapsoda.

Naturaleza y lenguaje, y entre ellos la vida que transita en luciérnagas y sustantivos, entre huellas de pisadas de un cuy a pies de la montaña andina y puntos y comas que abren capítulos de otros capítulos de donde surge una mujer que relee el poema que su viejo padre quemó entre sus manos para llevar entre el fuego la promesa de su amor filial por siempre, más allá de la muerte. Y la naturaleza, con su césped despeinado, y el hielo, terrible y amoroso, seguía, seguirá ahí. Por siempre.